

# QUÉ BONDI

Rituales: sobre rutas cotidianas.

Por Nora Lomberg

## CAPICÚA

Mi padre se sabía los recorridos de todas las líneas de colectivos de la Ciudad. Cuando le conté que había conseguido mi primer trabajo, me estampó un:

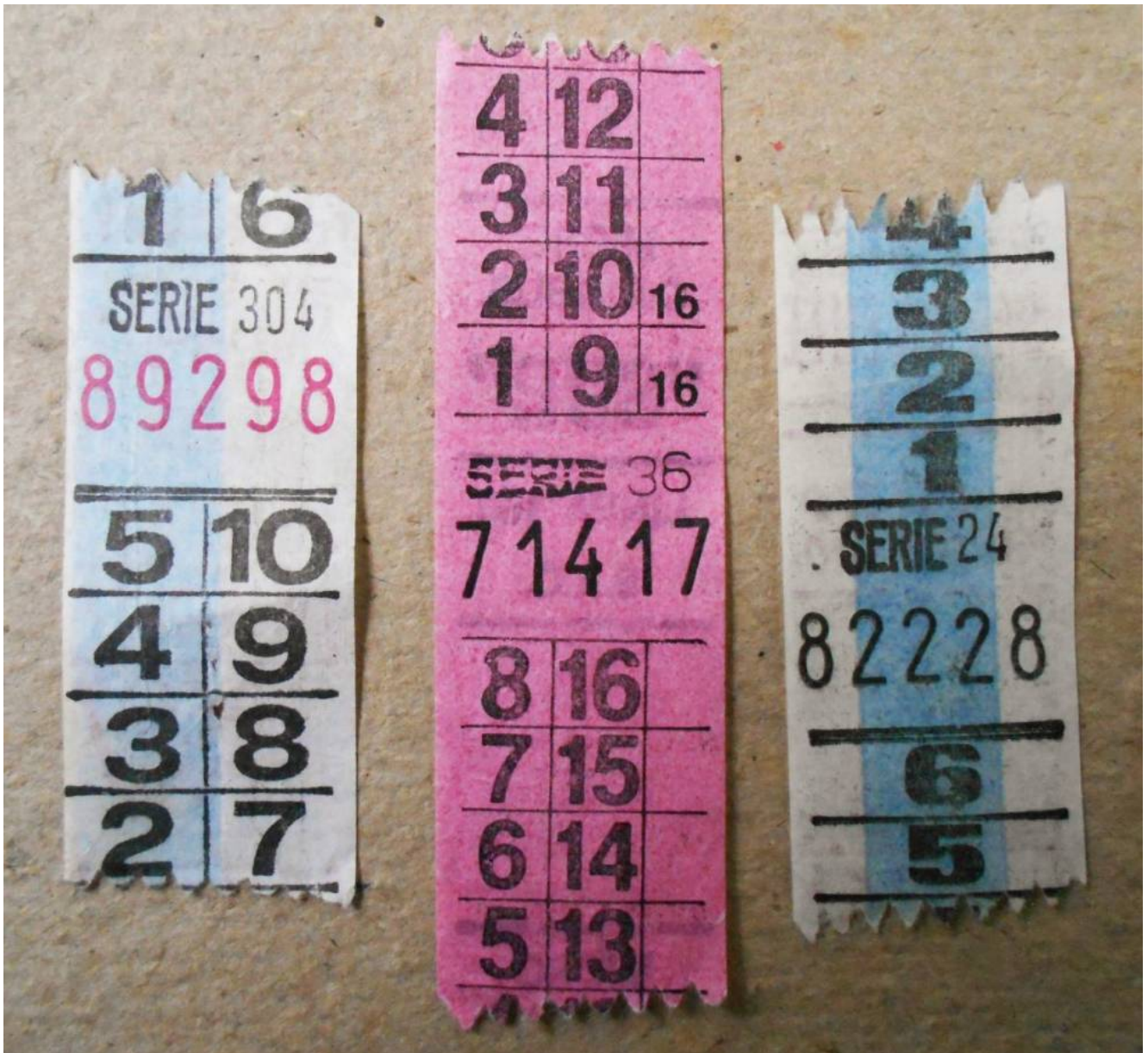
-Te deja el 152 a tres cuadras.

Creo que esa manera de cartografiar la vida lo completaba: su geografía era en bondi. Se esforzaba por estar al tanto de los cambios de recorrido, incluso, de los distintos ramales, aunque no los manejaba tan finamente. Era todo un caballero: ofrecía el asiento a mujeres y ancianos y gustaba de saludar al chofer e intercambiar novedades, ya fuera el clima o cuestiones específicas de calles o paradas.



## BOLETOS

A decir verdad, a coleccionista de boletos no llegaba. Pero, a veces, intervenía la suerte: -Hoy me saqué capicúa- Y mostraba el boleto en la cena familiar, mientras sus hijas peleábamos por el trofeo. Tampoco se privaba de hacer humor con los nombres de las calles, y ni hablar de su dominio de las estaciones de subtes. Solía regalarnos sus guías y mapas de la ciudad actualizadas anualmente. Pero, preguntarle era más divertido. -¿Que me deja en Corrientes y Medrano?- Ahí se mostraba en su salsa. Te decía cuántas cuadras caminar y el horario de llegada. Era un Gps adelantado.





## COLECTIVO

“Viaje en colectivo” era el nombre del juego, inventado a instancias de mi hija. No sé como lograba transformar su camita en un ómnibus.

-¿En qué parada baja? ¿Tocó el timbre? ¿Qué asiento va a ocupar? ¿Quiere que le avise en la Avenida Gaona?”

Cosas así le divertían. Reía con poco.



## DESTINO

Al anochecer, lo recuerdo en el sillón del comedor. Sólo él lo usaba, porque mi madre nos tenía prohibido disfrutarlo. Cerraba los ojos, y se entregaba a las penumbras. Decía que pensaba cosas, ¿un poco de infinito? ¿O simplemente dormía? En esa plenitud del silencio, a mí me gustaba tocarle la oreja, y a él hacerme cosquillas. Era callado y su mano grande me enseñó a cruzar la avenida Córdoba.

Sus sueños en un maletín, viajaban cada mañana hasta el centro.

Recién al jubilarse aprendió a usar la computadora. Hacía planos. Dibujaba lugares, trazaba caminos.

Pero igual le era fiel a su Spica, que bajo la almohada cada noche lo acunaba como musa orillera.

En sus últimos días, ya internado, seguía con el tema:

-¿Viniste en el 103? ¿Dónde estacionaste el auto?

Yo le contaba detalles, como un nuevo guiño en el semáforo de la calle Laguna. Y él sonreía.



## **METÁFORAS**

Cómo resuenan esas voces que, en incesante metáfora, ayudan a ver más claros nuestros días. El pasado está vivo en el corazón. Talismanes de la memoria mutilada, esas pequeñeces cotidianas que no se jubilan deshilan recuerdos y apuran el derecho a soñar que, alguna vez, será capicúa nuestra suerte.

—